

LA GUERRA ENTRE GRIEGOS Y TROYANOS

Por María Pilar de Cecilia

za nuclear débil, haciendo una simple mención de la fuerza electromagnética y de la fuerza gravitatoria. Se explican las partículas constituyentes de los átomos, definiendo términos como neutrón, neutrino, leptón o quark.

El libro termina con un pequeño análisis de la fusión nuclear fría, tema que estuvo muy de moda hace muy pocos años, aunque el autor no oculta sus dudas sobre la posibilidad de la misma. Así afirma que «una fusión nuclear fría, si es verdad que se produce, proporcionaría a la Humanidad una cantidad inagotable de energía».

En resumen, un libro que proporciona una información y una explicación de una serie de conceptos que han revolucionado la Física y, en consecuencia, la tecnología de nuestra época. Nuestro tiempo no puede ser comprendido sin el conocimiento de estas realidades fundamentales. Uno de los acontecimientos más importantes de nuestro siglo ha sido el convencimiento de que la Física Clásica se mostraba incapaz de explicar gran parte de los fenómenos observados y que era necesaria una nueva Física, capaz de dar razón del mundo subatómico. No queremos tampoco dejar de subrayar la excelente traducción del profesor José Luis Sebastián, así como lo cuidado de la edición y de la presentación. ■

Alberto M. Arruti es físico y periodista.

Título: Helena, Helena, amor mío.

Autor: Luciano de Crescenzo.

Editorial: Seix-Barral, Barcelona, 1991. 237 páginas.

Precio: 1.500 pesetas.

YO pertenezco a una generación que nunca jugó a indios y vaqueros. No sabría decir por qué motivos, pero de hecho nosotros, los "balilla" (años treinta) cuando teníamos que montar alguna greca preferíamos dividirnos en griegos y troyanos». Con estas palabras que figuran en el primer párrafo del Proemio, aclara Luciano de Crescenzo los orígenes remotos de su novela, cuyo argumento está

basado en el conocido episodio de la guerra de Troya tal como lo refiere Homero en su *Ilíada*.

De Crescenzo es un hombre singular, cuya personalidad y sentido narrativo ha despertado extraordinario interés en Italia, especialmente después del éxito alcanzado por esta novela (libro más vendido del año, 175.000 ejemplares en varias ediciones) que ha sido publicada ahora en España. Nació el año 1928 en esa Nápolis heredada de la antigua «Népolis» griega, capital de la Magna Grecia en el sur de Italia, el autor ha sabido despertar la atención hacia los temas de la literatura clásica tan abandonados hoy por la cultura —o mejor, la incultura— ambiente, demostrando su atractivo inagotable y capacidad para entusiasmar al prosaico hombre de finales del siglo XX.

El regreso de los dioses

El relato ha logrado crear el clima propio de una acción de amor y de guerra inspirada básicamente en Homero aunque después los hechos transcurren movidos por la fantasía fértil de Luciano de Crescenzo. Episodios que se suceden dentro de un tono



heroico resuelto muchas veces con tintes humorísticos próximos en ocasiones a la caricatura. Quizá se muestre irónico en exceso pero sin llegar a perder el respeto a unos protagonistas a los que trata con el afecto y la confianza que guardamos para los viejos compañeros de la infancia.

Vuelven a la vida Ulises, Aquiles, Héctor quienes encarnaron distintos aspectos del modelo ideal del ser humano, junto a los dioses del Olimpo, Zeus, Hera, Afrodita, Palas, representativos de virtudes y facultades siempre ansiadas como metas a conseguir por el hombre. Como también ocurriera entre los griegos del período clásico, Luciano de Crescenzo tampoco se toma demasiado en serio los motivos románticos de aquella guerra inspirada, más que en la belleza de Helena, en la necesidad de controlar el comercio marítimo en el estrecho de los Dardanelos.

En cualquier caso, el tema de la guerra de Troya permite hilvanar una novela de acción variada escrita con estilo ágil, sin que falte una cierta intriga en torno al verdadero protagonista, personaje de ficción fuera de la *Ilíada*, creado por de Crescenzo: un joven de 17 años que busca el paradero de su padre, desaparecido misteriosamente. El muchacho no sabe si

su padre vive, murió en combate o fue asesinado a traición. Gracias a la figura de este adolescente, que se muestra sencillo, modesto, pero también emprendedor y decidido, el relato no es solo una crónica mitológica o militar a base de dioses y guerreros, sino que cobra dimensión sentimental y la hace más cálida y humana.

Aunque el autor no es ambicioso en sus planteamientos, ni tampoco hace excesivos alardes documentales o históricos, cumple una evidente función divulgadora sobre aquella época, descrita sin demasiadas pretensiones literarias, pero mostrando sus peculiaridades características. En tal sentido resulta muy útil el breve diccionario de mitología, que se ofrece como apéndice final del relato, donde se sintetizan las complejas interrelaciones existentes entre los dioses, semidioses y héroes que se fueron incorporando a lo largo de los siglos al panteón olímpico, fiel reflejo del acontecer histórico de la Hélade y del avance de su proceso civilizador.

Aunque no nos encontremos ante un novelista original ni ante un maestro del idioma, de Crescenzo sí aparece como un hábil narrador de mitos a la manera del juglar que explica en prosa al pueblo oyente, historias fantásticas que les hacen olvidar la monotonía cotidiana. Al igual que aquellos juglares, de Crescenzo utiliza una gran variedad de recursos para mantener viva la atención del lector y satisfacer sus gustos.

Así, el moderno «romanceador» napolitano, recurre a cierto atrevido descaro para sazonar con picardía el relato de las aventuras casquivanas de los dioses, sin olvidar, como es de razón, referencias a los estragos que la belleza de Helena producía entre sus admiradores. ■

Pilar de Cecilia es licenciada en Filología Románica y asesora literaria.

ARTESANOS DE LA PALABRA

Por Wenceslao Castañares

Título: «La construcción del texto».

Autor: Luis Núñez Ladevéze.

Editorial: Eudema Universidad, Madrid, 1991, 255 páginas.

TEXTO: tejido. Como en otros muchos casos de anónimos geniales, ignoramos el nombre del inventor de la feliz metáfora que hace de lo que decimos un tejido más o menos hábilmente urdido. Todos somos, pues, según él *po(i)etas, artifices o artesanos* de esa sutil materia que es la palabra. Aristóteles, el más excelente tejedor de definiciones, advirtió en esta capacidad, la propiedad distintiva de la sociabilidad humana. Llevando hasta sus últimas consecuencias este principio básico de la *Poética*, ni los animales (que son menos que el hombre), ni los dioses (que están por encima de él), poseerán, estrictamente hablando, este admirable regalo con el que la naturaleza tuvo a bien dotar a los hombres.

Si esto fuera así, es posible que tuviéramos una explicación que hiciera más comprensible el destino que estaba reservado al texto. El texto no pertenece en exclusiva a ninguna de las ciencias humanas, sino que es un objeto tan interdisciplinar que parece encontrarse en el punto de confluencia de todas ellas. Quienes de él se ocupan, independientemente de cuál sea su origen, han de poseer un pasaporte que les permita traspasar fronteras que no por ser sutiles resultan inútiles. No se les exime por ello de la identificación, aunque haya que considerar el cumplimiento de esta norma más como muestra de buena educación que como un deber.



En su obra, Luis Núñez Ladevéze se somete de buen grado a estos imperativos que se derivan de la naturaleza del objeto de su estudio. Desde el primer momento el lector es informado que son la Teoría General de la Acción y la Lingüística los puntos de referencia para un discurso que pretende explicar eso que suele denominarse la «función textual». La Lingüística le suministra los principios y los conceptos que pudieran considerarse fundamentales, pero no se convierte por ello en el límite de su mirada. Existe desde el principio la firme decisión de abrirse hacia otros horizontes de inspiración filosófica y epistemológica, con la intención de hacer visibles los lazos por los que el lenguaje aparece como instrumento de la acción social. La justificación